

peranzas? Ellos les decian que la política era quien impedia al gobierno frances intervenir ostensiblemente en las revoluciones que se preparaban en todas partes; pero que ejecutadas, las protegeria, y era necesario tener valor para intentarlas y al momento irian los socorros.

Reinaba mucha irritacion en todos los estados italianos, y en ellos se multiplicaban los arrestos, y nuestros ministros acreditados se limitaban á reclamar algunas veces individuos perseguidos injustamente. En el Piamonte eran numerosas las prisiones, pero tambien era frecuentemente escuchada la intercesion de la Francia. En Toscana reinaba bastante moderacion; pero en Nápo'es habia una clase de hombres que participaba de las nuevas opiniones, mientras que una corte tan maligna como insensata, luchaba contra ellas á fuerza de hierro y de suplicios. Allí nuestro embajador Trouvé sufria mil humillaciones y se veia tan solo como un apestado, porque estaba prohibido á todos los Napolitanos visitarle. Le costó mucha dificultad proporcionarse un médico, y se llevaba irremisiblemente á la cárcel á todos los que eran acusados de haber tenido comunicacion con la legacion francesa, ó llevasen el pelo cortado y sin polvos. Se interceptaban las cartas del embajador, se abrian y se guardaban por la policia napolitana durante diez ó doce dias; siendo lo peor de todo

que se asesinaban franceses. Aun cuando Bonaparte estaba en Italia, le habia costado mucho trabajo contener los furios de la corte de Nápoles, y ya puede discurrirse lo que pasaria no estando él allí. Tenia sobrada fuerza el gobierno frances para castigar cruelmente sus faltas, pero por no turbar la paz general habia recomendado á su ministro Trouvé que observase el mayor comedimiento y se limitase á hacer representaciones y procurar atraerla á la razon.

Mas el que mas próximo estaba á su ruina era el gobierno pontificio, no cierto por falta de defenderse, pues tambien hacia sus arrestos; pero dificilmente podia sostener un papa anciano, cuyo orgullo habia sido abatido, y unos cardenales viejos é inhábiles un estado de cosas que se desmoronaba por todas partes. Ya por las sugestiones de los Cisalpinos se habia alborotado la Marca de Ancona y constituido en república Anconitana, desde la cual soplaban los democratas la insurreccion en todo el estado romano. No contaban en él ciertamente muchos partidarios, pero estaban muy apoyados con el descontento público, porque el gobierno pontificio habia perdido aquel brillo imponente á los ojos del pueblo desde que las contribuciones impuestas en Tolentino le habian obligado á deshacerse hasta de los muebles preciosos y pedrerias de la Santa Silla. Los nuevos impues-

tos y la creacion de un papel moneda que perdía mas de las dos terceras partes de su valor, juntas con la enagenacion del quinto de los bienes del clero, habian disgustado á todas las clases, y hasta los mismos eclesiásticos. Los grandes de Roma, que habian recibido algunas de las luces esparcidas por Europa durante el siglo XVIII murmuraban sin disimulo de un gobierno tan débil y tan inepto, y decian que ya era tiempo de que el gobierno temporal de los estados ramanos pasase desde unos celibatarios ignorantes, incapaces y ajenos del conocimiento de las cosas humanas, á los verdaderos ciudadanos versados en la práctica y en las costumbres del mundo. Asi las disposiciones del pueblo romano eran poco favorables al papa, pero sin embargo habia pocos democratas, y estos inspiraban siniestras prevenciones con respecto á la religion, de quien se les consideraba enemigos. Los artistas franceses que estaban en Roma les escitaban mucho; pero José Bonaparte procuraba contenerles diciendo que no tenian bastante fuerza para intentar un movimiento decisivo, y que se perderian y comprometerian inútilmente á la Francia; que no contasen con que ella les habia de apoyar y que les dejaria espuestos á las consecuencias de su imprudencia.

Vinieron á prevenirle el día 26 de diciembre 1797 que iba á haber un movimiento, pero él

los despidió instándolos á que se estuviesen quietos, mas ellos no quisieron escuchar al ministro francés. Habian adoptado por sistema todos los empresarios de revoluciones atreverse á todo y comprometer á la Francia á pesar suyo, y en efecto se reunieron el día 28 de diciembre para intentar un movimiento. Habiéndoles dispersado los dragones del papa, se refugiaron á la jurisdiccion del embajador francés y bajo los arcos del palacio Corsini donde habitaba. Acudió José con algunos militares franceses y con el general Duphot que era un oficial jóven muy distinguido del ejército de Italia, el cual quiso interponerse entre las tropas del papa y los insurgentes para evitar una carniceria. Pero las tropas del papa sin respeto al embajador hicieron fuego y mataron á su lado al desgraciado Duphot, que estaba para casarse con una cuñada de José. Causó su muerte una conmocion extraordinaria, y acudieron muchos embajadores estrangeros, particularmente el ministro de España Azara, mientras que el gobierno romano tardó 14 horas en enviar un recado á casa del ministro de Francia, por mas que este no hubiese cesado de escribir durante todo el dia. Indignado José pidió inmediatamente sus pasaportes que se le enviaron y salió al momento para Toscana.

Aquel suceso produjo mucha sensacion pues era visible que el gobierno romano hubiera podi-

do evitar semejante escena , que todo el mundo preveía en Roma dos dias ántes , pero habia querido dejarla estallar para que los democratas sufriesen una correccion severa y no habia sabido tomar en el tumulto las precauciones convenientes para evitar una violacion del derecho de gentes y un atentado contra la legacion francesa. Inmediatamente se propagó una gran indignacion en la Cisalpina y entre todos los patriotas italianos contra el gobierno de Roma y el ejército de Italia pedía á gritos marchar contra la capital.

Se veía muy apurado el directorio , porque no dudaba de que el papa era el gefe espiritual del partido enemigo suyo y no dejaba de tener inclinacion á destruir al pontífice de aquella antigua y tiránica religion cristiana , aunque para ello tuviese que arrostrar el peligro de ofender á las potencias y provocar su intervencion. Por grandes que fuesen los inconvenientes de una resolucion hostil , prevalecieron en este caso las pasiones revolucionarias , y el directorio ordenó al general Berthier que mandaba en Italia marchar sobre Roma , prometiéndose que no siendo el papa pariente ni aliado de ninguna corte , no provocaría su caida ninguna intervencion poderosa.

Mucho se alegraron de esta determinacion todos los republicanos y partidarios de la filosofia ; y Berthier llegó el dia 10 de febrero 1798 á la vista

de la antigua capital del mundo que los ejércitos republicanos no habian visitado todavia. Se pararon un instante nuestros soldados para contemplar la antigua y magnífica ciudad , y el ministro español Azara , mediador ordinario de todas las potencias italianas para con la Francia , se presentó en el cuartel general para negociar un convenio. Se entregó á los Franceses el castillo de San Angelo con la condicion ordinaria de todos los pueblos civilizados de respetar el culto , los establecimientos públicos y las personas y propiedades. Quedó el papa en el Vaticano y habiendo entrado Berthier por la puerta del *Pópulo* le condujeron al Capitolio como á los antiguos triunfadores Romanos. Contentísimos los democratas se reunieron en el Campo Vaccino donde estan los vestigios del antiguo Foro , y rodeados de un pueblo insensato , siempre dispuesto á aplaudir cualquier acontecimiento nuevo , proclamaron la república romana. Redactó un escribano cierto protocolo , por el cual el pueblo que se intitulaba pueblo romano declaraba recuperar su soberania y constituirse en república. El papa se habia quedado solo en el Vaticano , y fueron á pedirle que abdicase su soberania temporal , porque no pensaban mezclarse en su autoridad espiritual. Respondió con decoro que él no podia despojarse de una dignidad que no era suya , sino que pertene-

cia á la sucesion de los apóstoles, y solo estaba en depósito en sus manos. No hicieron gran caso de aquella teología nuestros generales republicanos, sino que tratando al papa con las consideraciones debidas á su edad*, le sacaron del Vaticano durante la noche, y le condujeron á Toscana donde se le dió asilo en un convento. El pueblo de Roma no echó mucho de menos aquel soberano, sin embargo de que habia reinado mas de 20 años.

Desgraciadamente cometieron los Franceses muchos excesos en la antigua capital del mundo, si no contra las personas á lo menos contra las propiedades. No estaba ya á su frente aquel gefe severo é inflexible, que no tanto por virtud cuanto por horror á los desórdenes, habia perseguido tan severamente á los pillos y ladrones. Solo Bonaparte hubiera podido poner algun freno á la avaricia en una comarca tan rica. Acababa Berthier de marchar á Paris y le habia sucedido Massena, y se dice que aquel héroe á quien la Francia deberá un eterno reconocimiento por haberla salvado en Zurich, fue el primero á dar el egemplo de aquellos desórdenes que no tardaron en ser imitados. Pusieron á saquear los palacios, los conventos y las ricas colecciones de pinturas mien-

* Es decir que si hubiera sido jóven le hubieran llevado atado. (N. del T.)

tras los judios que iban siguiendo al ejército compraban á vil precio los magníficos objetos que los vendian los saqueadores. Fue verdaderamente inundo el saqueo, y es preciso confesar que no fueron los soldados ni los oficiales subalternos los que mas se entregaron á él sino los oficiales superiores, y no se crea que todos aquellos objetos robados como por derecho de conquista se depositasen en algun almacén ni se vendiesen en provecho del ejército, aunque este no hubiese recibido sueldo despues de cinco meses, porque venia de la Cisalpina donde por falta de organizacion económica no habian podido cumplirse las condiciones del tratado. Se hallaban los soldados y oficiales subalternos en absoluta desnudez, y se indignaron de ver á sus gefes saciarse de despojos y comprometer la gloria del nombre frances sin provecho alguno del ejército, de suerte que hubo una rebelion contra Massena, reuniéndose los oficiales en una iglesia, donde declararon que no querian servir bajo sus órdenes. Una parte del pueblo que estaba mal dispuesta contra los Franceses se preparaba á aprovecharse de aquella ocasion para intentar un movimiento, pero Massena mandó salir al ejército de Roma, dejando una guarnicion en el castillo de San Angelo, y el peligro hizo que cesase la sedicion, pero los oficiales insistieron en permanecer unidos y en solicitar que se castigase

á los ladrones y se quitase el mando á Massena.

Ya se echa de ver que ademas de la dificultad de moderar la marcha de las nuevas repúblicas, y elegir y dirigir á nuestros agentes, habia tambien la de contener á los ejércitos que se hallaban á inmensas distancias para las comunicaciones administrativas. Llamó el directorio á Massena y envió á Roma una comision compuesta de cuatro personas honradas é instruidas para organizar la nueva república, y fueron Daunou, Monge, Florent y Faypoult. Este último, que era un administrador inteligente y de probidad, llevaba el encargo de todo lo relativo á hacienda. Se dividió el ejército de Roma en dos cuerpos dejando aquel nombre al que acababa de destronar al papa.

Se trataba de motivar con las potencias aquella nueva revolucion; pero la España de cuya religiosidad hubiera podido recelarse algo no dijo una palabra. Pero el interes suele ser mas escrupuloso que el celo de la religion, y así las dos córtes que manifestaron mayor descontento fueron las de Viena y Nápoles. Pues la primera veia con mucho pesar propagarse el influjo frances en Italia y para no aumentar los motivos de su disgusto no se quiso incorporar la república romana con la Cisalpina sino que se la constituyó separadamente. De reunir estas dos repúblicas se hubiera suscitado la idea de la unidad italiana y habria hecho mas

probable el proyecto de democratizar toda la Italia. Aunque el emperador no tenia ningun ministro en Paris se le envió á Bernadotte para dar esplicaciones con orden de residir en Viena. Mas en cuanto á la córte de Nápoles estaba furiosa de ver ya la revolucion á sus puertas y no pedia nada menos que dos ó tres provincias romanas para sosegarse; sobre todo queria el ducado de Benevento y el territorio de Ponte Corvo que le acomodaban muy mucho, y se envió allí á Garat para que se entendiese con ella, destinando á Trouvé para la Cisalpina.

Iba pues haciendo la revolucion progresos inevitables y mucho mas rápidos que lo que deseaba el directorio. Ya hemos nombrado ántes un país en donde amenazaba introducirse, que era la Suiza. Cualquiera diria que aquella comarca siendo ya patria de la libertad y de costumbres sencillas y pastorales, no tendria nada que aprender de la Francia y seria la única exenta de revoluciones, pero sin embargo no debe inferirse que porque los trece cantones estuviesen gobernados con formas republicanas, reinase la equidad en las relaciones de unos con otros y particularmente con los que estaban sugetos á ellos, sino que el feudalismo, que no viene á ser otra cosa sino la gerarquía militar, existía en aquellas repúblicas y habia pueblos que dependian de otros pueblos como un

vasallo tributario de su señor y soportando un yugo férreo. La Argovia y el canton de Vaud dependian de la aristocr cia de Berna; el Bajo Valais del pais Alto, los bailliages italianos, es decir, los valles cuyas pendientes caen hácia el lado de Italia, de diferentes cantones. Además habia una multitud de pueblos que dependian de algunas ciudades, como por ejemplo el canton de San-Gall era gobernado feudalmente por un convento, y casi todos los paises sometidos habian venido   serlo con condiciones insertas en ciertas concordias   fueros ya olvidados, los cuales sin embargo se prohibia citar ni dar   luz. Casi todas las campiñas dependian inmediatamente de las ciudades y se hallaban sometidas   un monopolio enfadoso. En ninguna parte era mayor la tirania de los gr mios y en todos los gobiernos se habia ido apoderando lentamente la aristocr cia de todos los poderes. En Berna, que es el primero de aquellos pequeños estados, habia algunas familias que se habian apoderado de la autoridad excluyendo para siempre   todas las demás. Ellas tenian su libro de oro donde estaban apuntados todos los nombres de las familias que gobernaban. Se observa por lo comun que las costumbres dulcifican las leyes, pero aquí sucedia todo lo contrario, porque aquellas aristocr cias se vengaban con el encarnizamiento propio de los estados pequeños.

Frecuente y recientemente habian desplegado Berna, Zurich y Ginebra el aparato de los suplicios. Toda Europa estaba inundada de Suizos desterrados de su pais   consecuencia de las venganzas aristocráticas; pero en medio de todo por estar mal unidos y poco enlazados los unos con los otros carecian los trece cantones de toda fuerza y se veian reducidos   la impotencia de defender su propia libertad. Por un efecto de aquella divergencia propia de malos hermanos, que tan comun es en los estados federativos, casi todos se veian reducidos   la necesidad de acudir   los estados vecinos y tenian tratados particulares unos con el Austria, otros con el Piamonte y otros con la Francia. Asi la Suiza no conservaba otra cosa que gloriosos recuerdos y un suelo admirable, pero políticamente no ofrecia otro aspecto que el de una cadena de mezquinas y humillantes tiranías.

Asi no es difícil de concebir el efecto que debia producir en ella el ejemplo de la revolucion francesa. Se habian notado ya algunas conmociones en Zurich, en Basilea y en Ginebra, pero particularmente en esta última habian llegado los alborotos   derramamiento de sangre. En toda la parte francesa y particularmente en el pais de Vaud habian hecho muchos progresos las ideas revolucionarias y por su parte los aristocratas tampoco habian omitido nada de cuanto pudiese perjudi-

car á la Francia, procurando desagradarla cuanto les era posible sin provocar su temible potencia. Los Sres. de Berna habian acogido á los emigrados y hécholes toda clase de servicios; habiéndose maquinado en Suiza todas las tramas que se hurdiéron contra la república. Ya se acordará el lector de que en Basilea fue donde el agente ingles Wickam conducia todos los hilos de la contra-revolucion y asi el directorio estaba muy descontento. Tenia un modo facilísimo de vengarse de la Suiza, porque perseguidos los del Vaudois por los señores de Berna, invocaban la intervencion de la Francia, fundados en que cuando el duque de Savoya les habia cedido á Berna, salió la Francia por garante de sus derechos, por medio de un tratado de 1565, el cual habia sido invocado muchas veces y ejecutado por la Francia. No era pues del todo estraña la intervencion del directorio que reclamaban los de Vaud, ademas de que muchos de aquellos pueblecillos dependientes tenian protectores estrangeros.

Ya hemos visto con qué entusiasmo habian recibido los habitantes de Vaud al libertador de la Valtelina, cuando pasó desde Milan á Rastadt atravesando la Suiza. Llenos de esperanza, habian enviado diputados á Paris é insistian vivamente por obtener la proteccion francesa. Ademas de eso su compatriota, el valiente y desgraciado La Harpe habia muerto por nosotros en Italia al frente

de una de nuestras divisiones; ellos se hallaban horriblemente tiranizados y la simple humanidad, cuando faltase toda otra razon política bastaba para inclinar á la Francia á intervenir*. Nadie hubiera podido persuadirse que la Francia con sus nuevos principios reusase la ejecucion de los tratados conservadores de la libertad de un pueblo vecino, y que se habian ejecutado aun en tiempo de la antigua monarquia. Solo la política hubiera podido estorbarlo para no dar nueva inquietud á la Europa, sobre todo en el momento mismo en que se estaba viniendo abajo el trono pontifical de Roma. Pero si bien guardaban consideraciones á la Alemania, al Piamonte, á Parma á Toscana y á Nápoles, no creia deber guardárselas á la Suiza, y la importaba mucho establecer un gobierno análogo al suyo en un pais que pasaba por ser la llave militar de toda Europa.

* Esta razon es muy buena para escrita pero por desgracia no inspirará gran confianza á los que ya sabemos lo que quieren decir esas bellas palabras de *humanidad y regeneracion*, en boca de los gabinetes estrangeros y aun en las de los partidos propios. *Regenerar* quiere decir dominar, y *compadecerse* no viene á ser otra cosa que sacar los redaños al infeliz pueblo ó nacion que espera su redencion de los vecinos. Por grandes que sean los males á que se encuentre sujeto un pueblo, siempre serán menores y podrán corregirse mas pronto, que encomendando su remedio al mayor amigo estranero. (N. del T.)

Tanto aquí como en Roma se vió precisado el directorio á salir de su política espectante por un interes mayor, y este era el de volver á poner los Alpes en manos amigas, lo cual importaba tanto ó mas que derribar el gobierno papal.

En consecuencia declaró el dia 12 de diciembre 1797 que tomaba á los habitantes de Vaud bajo su proteccion, y que los miembros del gobierno de Berna y Fribourg responderian de la seguridad de sus personas y propiedades. Inmediatamente el general Menard ⁶ al frente de la antigua division de Massena volvió á pasar los Alpes y vino á acampar en Carouge á la vista del lago de Ginebra, y el general Schawembourg ⁷ volvió á subir el Rhin con una division del ejército de Alemania y vino á situarse en el Erguel en las inmediaciones de Basilea á cuya señal se alegraron infinito en el pais de Vaud, en el obispado de Basilea y en las campiñas de Zurich. Inmediatamente pidieron los de Vaud la reunion de sus antiguos estados, y respondió Berna que se admitirian las solicitudes individuales, pero que no habria reuniones de estado, y exigió que se renovase el juramento de fidelidad. Esta fue la señal de la insurreccion de los de Vaud, quienes echaron de allí á los bailios cuya tiranía les era odiosa, pero no les hicieron daño alguno; plantaron en todas partes árboles de la libertad y en pocos dias quedó cons-

tituida aquella comarca en *república Lemánica*. La reconoció el directorio y autorizó al general Menard para que pasase á ocuparla, notificando al canton de Berna que su independenciam era garantida por la Francia. Al mismo tiempo se estaba verificando otra revolucion en Basilea, cuyo motor principal era el tribuno Ochs ⁸; hombre de talento, muy decidido por la revolucion y que estaba en grandes relaciones con el gobierno frances. Habian sido admitidos los de la campaña con los ciudadanos á componer una especie de convencion nacional para redactar una constitucion que propuso Ochs, muy semejante á la de Francia, como que era el modelo de toda la Europa republicana. Se tradujo en los tres idiomas frances, aleman é italiano, y se esparció por todos los cantones para escitar su celo, contribuyendo á darla mucho impulso Mengaud ⁹ que era el agente frances cerca de los cantones y residia en Basilea. En Zurich se habian alborotado las campiñas, y solicitaban tambien recuperar sus derechos.

Durante este tiempo habian reunido los señores de Berna un ejército y mandado convocar una dieta general en Arau para deliberar sobre el estado de la Suiza y pedir á cada canton su contingente federal. Esparcian entre sus súbditos alemanes la voz de que la parte francesa de la Suiza queria separarse de la confederacion y reunirse